

## EL SANTAFEREÑISMO

TEMA LEÍDO EN LA NOCHE DEL 27 DE AGOSTO DE 1927,  
CON OCASIÓN DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON  
RICARDO CARRASQUILLA, EN EL AULA MÁXIMA  
DEL COLEGIO DEL ROSARIO

*Señor Rector, señoras, señores :*

Creo que fue en el congreso de Angostura (1) cuando oficialmente perdió Bogotá su título español de Santafé con que hasta entonces era de propios y de extraños conocida. Sin embargo, de ahí en adelante continuó llamándola así, como antaño, el vulgo, y el espíritu que este nombre entrañaba, perduró hasta comienzos del presente siglo en que vino a sucumbir en esta Bogotá bulliciosa y cosmopolita que, sin dejar de ser vieja y un tanto desaseada, ha dejado ya de ser antigua, por haber desaparecido de ella las tradiciones y leyendas del pasado.

Mas, el centenario del nacimiento de Ricardo Carrasquilla, como el de Marroquín, que se conmemoraba hace poco, traen a la memoria ese espíritu rancieramente santafereño, porque, aun cuando don Ricardo nació en Quibdó, supo ser por familia y por afición personal, tan santafereño como don José Manuel, que nació en la casa misma que vino a servir de refugio al español Llorente en la tarde del 20 de julio de 1810 (2).

(1) Angostura, diciembre 17 de 1819, artículo 5.º

(2) No sólo Carrasquilla, sino muchos otros, se hicieron santafereños por domicilio adquirido definitivamente en Bogotá, y por haber recibido aquí la educación que les formó de una manera completa; en este caso están, para citar unos pocos, los doctores Rufino Cuervo y José Ignacio Márquez, lo cual no obsta para que Boyacá les reclame, por otros títulos, como suyos. Tal es, al menos, mi modo de pensar en relación con el santafereñismo de muchos de nuestros hombres de letras.



Bien está, por tanto, que recordemos, a propósito del autor de las *Coplas* y de los *Sofismas anticatólicos*, la ciudad por él férvidamente amada. No habrá de resultar quizá muy ameno el tema para los colegiales de este claustro, que esperarían algo más erudito; ni él es del todo adecuado para quien viene acá a representar a los socios de un centro de ciencias jurídicas y sociales; pero el tema me agrada y los compañeros del centro me dejaron en plena libertad para escogerlo; verdad es que él como las coplas de Carrasquilla son

para viejas y parludos,  
para los santafereños,  
y para los vagabundos,

mas, para mí, que nací en una casona colonial, es grato este recuerdo, y al menos, ya que otras cosas me faltan, hablaré de lo que siento y sobre todo de lo que amo.

Sorprende pensar que los atrevidos conquistadores hispanos que, por el Magdalena y el Opón, llegaron a estos riscos del Tequendama, fundaran a poco una ciudad tan recatada y tranquila como Santafé. No fue ciertamente la condición aventurera y altiva del español la que vino a crear el espíritu santafereño. Largo tiempo debió transcurrir antes de que los hijos de los atrevidos conquistadores enviados por el rey católico, se habituaran a la quietud y monotonía de la sabana; pero ella les fue domando poco a poco hasta infiltrarse en las entrañas mismas del alma santafereña. Contemplad, para persuadirlos de la verdad de mi dicho, la altiplanicie que se extiende a nuestra vista.

«Recorre la sabana del uno al otro extremo, el tortuoso Funza, lleno de acechanzas, bajo sus aguas al parecer tranquilas. Abundan los campos de menuda grama, los verdes sauces, los retamos, los pimientos, esto para no hablar de los eucaliptos que en la edad presente forman

largas y melancólicas arboledas. Las cascadas, luégo de haber retozado en las serranías, corren perezosamente por el valle; los sembrados de trigo se agitan suavemente al oreo que viene de los montes; mugen los ganados en las dehesas, y un cielo, raras veces limpio de nubes, presta a la sabana una melancolía que se acrecienta visiblemente cuando en las noches frías de luna, se oye el croar de las ranas y el triste aullido de los canes en las chozas» (1).

Es imposible que este paisaje de la sabana no acabara por serenar y aquietar definitivamente al español, y por eso el primer creador del espíritu santafereño fue esta sabana.

En un rincón de ella fue desenvolviéndose, desde mediados del siglo XVI, una ciudad en apariencia muy española: la Santafé de nuestros mayores. Imposible es formarnos hoy cabal idea de lo que ella fue en los tiempos coloniales o en los primeros días de la República. Los riachuelos del Vicachá o San Francisco y de San Agustín, que fueron deleite de los candorosos muisacas acostumbrados a vislumbrar sus divinidades protectoras en medio de las aguas, desaparecieron ya, avergonzados de la pobreza de su cauce y se hundieron para siempre en la tierra, que hoy les oculta a nuestra vista. Los grandes conventos ya no existen: la Recoleta de San Diego, que albergó al Virrey convertido, es escuela militar; el convento de clarisas, que oyó las oraciones de la Marichuela, es universidad de Derecho y ciencias políticas; el famoso convento de dominicos es edificio de correos nacionales.

Mas, en aquellos tiempos Santafé parecía un cenobio, y al lado de los macizos conventos de piedra donde vivían frailes o monjas, se agrupaban en calles mugrientas y tortuosas las casucas desmanteladas de los pobres y las

(1) J. A. Bermúdez. *A través de la antigua Santafé*, pág. 49. En ese libro expone el autor muchos temas que trata en este mismo discurso.



casonas coloniales, de amplios patios moriscos, en donde a sus anchas moraban los *criollos* ricos, odiados casi siempre de los españoles que acá venían. La vida religiosa era aquí intensa. Las ceremonias de semana santa traían a la memoria de los hijos de los conquistadores las procesiones fantásticas de Sevilla: la ciudad del embrujo de que habló Reyles (1); las festividades de la nochebuena evocaban los tiempos medioevales de Europa, cuando el teatro iba saliendo regocijado de los templos para recorrer luego las calles, para penetrar en los palacios de los grandes. La fama de los más renombrados predicadores perduraba aquí de generación en generación y los elogios se repetían en favor de Lucas Fernández de Piedrahita, de Cristóbal de Torres, de Diego de Padilla, y ya en tiempos más cercanos a los nuestros, los santafereños evocaban reverentes la santidad del doctor Margallo, el verbo enardecido y el período rotundo y ampuloso del canónigo Saavedra. Así se explica que don Ricardo Carrasquilla, adoctrinado por tales maestros, fuera, aun siendo laico, una especie de orador cuasi sagrado elocuentísimo.

La vida de familia acabó de completar lo que ya habían logrado hacer en gran parte la ciudad y la sabana; los hermosos patios moriscos, que ya evocábamos, poblados de rosales y claveles; las alcobas recatadas con sus lechos ocultos bajo los amplios cortinajes blancos; las salas adornadas con retablos, dorados pesebres y ricos bargueños; los refectorios con sus sillas frailunas y sus vajillas de plata, excitaban, no sé por qué, a la paz y a la quietud. Pues es lo cierto que hay una especie de armonía, no tan celestial como aquella de las esferas con que soñó Platón, pero sí muy real y sentida, entre el mueblaje de nuestros aposentos y el estado de nuestra alma. No se puede penetrar en una casa santafereña, de esas

(1) Carlos Reyles, *El Embrujo de Sevilla*, Madrid, 1927.

que aún por milagro quedan, sin sentirnos invadidos por la paz y la quietud santafereñas; sin experimentar ansias de huir del mundo moderno y de vivir a solas con nosotros mismos. Por lo cual pienso yo que al santafereño le formaron en gran parte todas esas antiguallas que se espejaban de continuo en su alma serena.

La vida cuasi conventual de nuestra ciudad propicia fue, no para educar guerreros, sino antes bien para formar letrados. Nariño y Santander que, aunque oriundo de Cúcuta, se educó en Santafé, fueron ante todo letrados, como Zaldúa y Caro lo fueron a su vez (1). Ello no quiere decir que no fueron atrevidos, muy al contrario, lo fueron y muy de veras. Prueba de esto la tenemos en Nariño que en las noches frías y oscuras de Santafé vio la idea completa y total de la emancipación americana y que puede presentar, en la lengua de Castilla, la audaz teoría, para aquellos tiempos, de los derechos del ciudadano, hallada por los revolucionarios franceses en el *Contrato Social* que escribió el filósofo ginebrino. Santander fue educado a la santafereña, pero ello no le impidió concebir todo un sistema legislativo, ni fue obstáculo para que en su mente germinara la revuelta política de los primeros días de la Nueva Granada. Zaldúa, que recibió, como cual-

(1) Escogí cuatro nombres entre las personas prominentes educadas del todo en Santafé y las busqué en los cuatro períodos principales de nuestra historia; Nariño en la Patria Boba; Santander en la Gran Colombia y la Nueva Granada; Zaldúa bajo el régimen de la constitución política de 1863, y Caro como autor de la de 1886, para probar que en todo tiempo ha influido Santafé, y que es falsa, por lo consiguiente, la nota de estacionaria con que se la moteja. Puse entre los educados en Santafé a Santander porque es cosa sabida que él se educó en San Bartolomé, que tomó parte activa en el movimiento del 20 de julio de 1810, porque sirvió en los tiempos de la Patria Boba a la causa federal, y porque después de la batalla de Boyacá residió casi habitualmente en Santafé.



quier otro santafereño, una instrucción y educación conventuales, fue liberal de pura escuela. Caro logró, sin descuidar los estudios de Virgilio, dar la constitución política que hizo próspera a la República. A la verdad que había mucho pensamiento en todos esos hombres. Tuvieron ellos, en la quietud de la ciudad, mucho tiempo para pensar y supieron aprovecharlo admirablemente. Por eso cuando Carrasquilla llegó, pudo también a su manera ser osado, sin perder el espíritu santafereño, y concibió todo un sistema pedagógico muy personal a tiempo que descubría la manera de reducir todos los sofismas anticatólicos a unas pocas sentencias, que hacen ver de bulto los errores.

La misma tranquilidad de la vida en Santafé propicia fue para el gracejo y el donaire, que siempre cultivaron los hijos de esta ciudad, desde los tiempos coloniales en que Javierito Serna hacía burla de la señora virreina; desde la época en que Gonzalón alegraba a los patriotas expuestos a las iras de Morillo y de Sámano, hasta llegar a aquella otra hora en que don Vicente Montero o el loco Arias sorprendían a Bogotá con las más extrañas y peregrinas paradojas. La historia del chiste bogotano aún no se ha escrito, y eso que debiera hacerse, porque la verdad es que el chiste es —como afirma Castro y Serrano— lo más duradero y persistente en las obras del ingenio humano. La historia de ese chiste bogotano descubrirá y pondrá de manifiesto el humorismo nuestro, y hará ver cuánto ingenio y gracia tuvieron nuestros mayores. Al recordar más tarde ese chiste, Marroquín tendrá su lugar propio; no quedarán olvidados ninguno de nuestros costumbristas, y en medio de todos ellos surgirá benévolo y sonriente, el autor delicioso de las coplas cuyo centenario nos congrega.

Hubo, además, sobrado tiempo en Santafé para cultivar las bellas letras, y aunque la literatura nuestra si-

guiera en aquellas edades muy de cerca los gustos y modas de la española, no faltaron nunca entre nosotros literatos originales. Creo, sin embargo, no estar equivocado en afirmar que la mejor literatura colombiana hasta la fecha, es la de la generación del *Mosaico*, a la cual perteneció Carrasquilla. Había en todos esos escritores vida y colorido propios; en sus obras se reflejaban siempre la quietud serena de nuestra sabana, la alegre y placentera alegría de las tertulias santafereñas, la lucha por la libertad política y el empeño por dar fisonomía propia a la incipiente patria. Vergara al evocar los *refrescos* y bailes coloniales, Marroquín al hacernos viajar por la sabana en el *Moro*, Carrasquilla al recordarnos las corridas de toros y al decirnos

entre mujeres prefiero  
las niñas de Santafé;  
porque tienen un salero,  
y un garbo... y un no sé qué...!

revelan en conjunto el alma de la antigua ciudad, y perpetúan por obra de sus escritos, su memoria. No fueron ellos simplemente románticos; no supieron o no quisieron ser exageradamente realistas; no entendieron palabra de eso que há poco se llamaba simbolismo, modernismo, inquietud intelectual; pero, en cambio, conocieron su propia tierra y la amaron; su mérito principal está en ser reflejo, con sus literaturas, del alma nuestra popular.

Hay en todos ellos algo de primitivo; de sublime y sinceramente épico. Es el canto del terruño; es la sabana que se extiende a nuestra vista; es Santafé poblada de leyendas y rancias tradiciones. Esa literatura es alma de nuestra alma, carne de nuestra propia carne, huesos de nuestros propios huesos. No hay en ella nada de postizo; no se descubre anhelo alguno de imitación extraña. Salió toda ella de nuestras tierras; tiene toda ella la belleza de nuestros trigales; la luz siempre suave de nues-



tro sol, que no arde; la quietud de nuestras aguas, que sólo hacen ruido majestuoso cuando para siempre de la sabana se despiden en las simas del Tequendama.

Se ha negado al santafereño el valor, sin acordarse de que Nariño se presentó solo en Pasto, la realista de aquellos tiempos, para ser una vez más víctima de la aversión de los españoles, de la perfidia de los criollos; sin pensar en que Santander, educado en Santafé, fue compañero del Libertador en las fatigas de Casanare, en la desolación de Pisba, en la lucha titánica de Boyacá; sin recordar que en tiempos cercanos a los nuestros, los bogotanos guerrilleros del *Mochuelo*, jugaban con la muerte y se aprestaban impacibles al encuentro con el enemigo después de una noche de baile.

Por encima de todas estas cualidades, que van esbozando el tipo santafereño, surge en él una cultura que le hace particularmente grato en todas partes. Creo que fue Taine (1) quien dijo alguna vez que todos los franceses se habían educado para la corte de Versalles, y que de esa formación pendía el genio y la índole peculiar del habla francesa. Pues bien, con el santafereño ocurre algo semejante: se formó él para las tertulias y en ellas aprendió a ser culto y elegante. De esa cultura, que es muy santafereña y que es heredera de la hidalguía de Castilla, nació el *cachaco* bogotano. Ni la religiosidad, que era grande; ni el trabajo cotidiano, que a veces era muy ingrato e improductivo; ni la política, que por ser capital de la república, era intensa, impedían o ponían óbice alguno a la cultura bogotana de otros tiempos. Y *cachaco* era y a mucho honor lo tenía, don Ricardo Carrasquilla; por eso Marroquín, recordándolo así, concluye lo siguiente: «Este hombre, a la vez cristiano viejo y campeón de

(1) Taine. *Les origines de la France contemporaine*, vol. 1, livre II, cap. II.

la Iglesia, con armas y arreos a la moda del siglo XIX, tenía aficiones de *cachaco*» (2).

Todo esto, que formó el espíritu santafereño de otro tiempo, concluyó ya para siempre. Cuando primero a lo largo de la sabana y luego por abruptos cerros que forman la hoya del Apulo, apareció jadeante la máquina, que movida por el vapor, es portadora del progreso y bienestar materiales, la vieja Santafé desapareció del todo para dar lugar a la nueva Bogotá que lentamente se va formando. La antigua ciudad, reducida a los estrechos límites de los cerros y de la sabana, vio esfumar sus linderos tradicionales, y las familias de rancio abolengo supieron, mejor que en los tiempos antiguos, que la hidalguía no era propiedad exclusiva de ella, y que en todas partes de la república era el hogar cosa sagrada y veneranda. Y desde entonces, más que nunca, Bogotá se hizo hospitalaria, con esa hospitalidad que a nadie rechaza y que a todos mira como hijos de la misma patria.

Volver a la Santafé de nuestros mayores, es ya un imposible. La vida sencilla de los viejos con sus amables tertulias caseras, ya no existe. La vida moderna, que se agita en la tortura del progreso y que nunca se da por satisfecha con lo que recibe, se ha apoderado de Bogotá. Santafé es, pues, un mero símbolo; pero un símbolo amable, de todo lo que fue paz, quietud, tranquilidad. Santafé se fue y sólo nos queda un recuerdo con la leyenda. Mas, en medio de ese recuerdo surge hoy, el rostro benigno y cariñoso de un poeta, que supo ser orador elocuentísimo, de un patricio que pasó su vida adocrinando a los jóvenes, y que hoy en la serenidad de su gloria, sigue cantándonos como en otro tiempo sus «canoras bagatelas» que inmortales vivirán en el libro de sus coplas.

JOSÉ ALEJANDRO BERMÚDEZ

(2) Marroquín. *Biografía de don Ricardo Carrasquilla*, Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, vol. 7.º, pág. 202.